

Carrie Yodanis

Vestirse

Conformidad e imitación
en el vestir y la vida diaria



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Getting Dressed: Conformity and Imitation in Clothing and Everyday Life*

Traducción autorizada de la edición inglesa publicado por Routledge, un sello de Taylor & Francis Group LLC. Todos los derechos reservados. Esta edición se ha publicado por acuerdo con International Editors' Co

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: Artur Widak: *Vida cotidiana en Dublín durante la pandemia de COVID-19*

© Artur Widak / NurPhoto / Getty Images

Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© 2019 Taylor & Francis Group LLC

© de la traducción e introducción: María Enquix Tercero, 2021

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2021

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-307-8

Depósito legal: M. 4.935-2021

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9	Prefacio
11	Introducción
21	1. El carácter público del estilo personal
	Vestirse según las pautas
33	2. Las pautas indumentarias escritas
46	3. Las pautas indumentarias no escritas
62	4. ¿Cuánto hay que tapar?
73	5. ¿Quién se cubre qué y cuándo?
80	6. ¿Hasta qué punto debe importarnos?
93	7. ¿Cuándo podemos desafiar las normas?
99	8. ¿Cómo enseñamos el estatus?
110	9. Desigualdad e ir de compras
	Vestirse como los demás
123	10. Imitar y encajar
140	11. Los <i>influencers</i>
147	12. La industria
157	13. ¿Es individual la individualidad?
170	14. ¿Individualidad en los estilos de vida?
188	15. Mezcolanza
196	Conclusión
203	Notas
217	Bibliografía

Prefacio

Vestirse es algo que todos hacemos a diario, y la ropa que llevamos nos dice mucho sobre la sociedad.

He escrito este libro para los veinteañeros que estén interesados no solo en la moda, sino también en el mundo social y el lugar que ocupan en él. No es necesario vestirse bien, ir mucho de compras o darle importancia a la ropa para disfrutar de este libro. Tanto si lo hacéis como si no, su lectura tiene mucho que enseñaros. He escrito un libro conciso, pero me he asegurado de que incluya abundante información que pueda interesar a un público amplio. Abordo cuestiones de género, raza, edad, sexualidad y clase, además del cuerpo. Incorporo teorías que abarcan desde la psicología social hasta la estratificación social. Analizo debates en torno a la moda, el consumo y la creatividad. Escribo sobre cómo se confecciona y se vende la ropa. Me centro en las sociedades occidentales de hoy, pero también incluyo algunos ejem-

plos internacionales e históricos. Presento experiencias de toda una gama de personas y su ropa, incluidos, pero sin limitarme a ellos, profesionales de cuello blanco, hípsters y artistas del hip-hop, chicas de instituto y mujeres musulmanas, lolitas de Harajuku (un barrio de Tokio), bandas de moteros proscritos en Norteamérica, el público del festival de Burning Man y punks. En este libro hay mucho que debatir y discutir.

Vestirse analiza las pautas que determinan cómo nos vestimos y cómo y por qué nos adaptamos a ellas. Analiza cómo y por qué imitamos a otras personas. Tal vez creamos que la ropa refleja nuestro estilo personal y nuestra identidad, pero nuestro estilo personal no es tan personal; lo cierto es que es social, y depende de un sinnúmero de influencias sociales que lo determinan y limitan. Establecemos jerarquías y nos tratamos mejor o peor dependiendo de cómo nos vestimos. Y, sin embargo, nos necesitamos los unos a los otros para convertirnos en quienes somos cuando nos vestimos. Este libro examina qué ropa nos ponemos, por qué nos la ponemos y por qué importa.

Introducción

Mientras escribo este libro, se ven hombros por todas partes. Dos hombros se lucen con un estilo *off-the-shoulder*, un top o un vestido de escote ancho que cae para dejar los hombros al descubierto. El estilo *one-shoulder* es similar, pero solo enseña un hombro y deja el otro cubierto. El estilo *cold-shoulder* enseña los hombros mediante aberturas en las mangas entre el cuello y los brazos. Los hombros asoman a través de tops, vestidos y blusas, y en atuendos formales, conjuntos desenfadados y ropa deportiva.

Cuando estéis leyendo esto, puede que los hombros se sigan luciendo. Puede que acabéis de compraros otro top de hombros descubiertos o puede que no os pillen llevando uno ni de casualidad. O puede que, cuando estéis leyendo este libro, los hombros ya vuelvan a cubrirse y ni os acordéis de este estilo. Sea como fuere, durante un tiempo entre 2016 y 2017 muchísima gente llevaba ropa que dejaba los hombros al descubierto. ¿Por qué?

Empecemos por las razones prácticas. La adecuación al clima es una razón común aducida para llevar ciertas prendas. Como explicó una redactora de *Vogue*:

En plena ola de calor [...] un top de hombros descubiertos resulta práctico. [Yo] conseguí permanecer fresquita durante una excursión especialmente bochornosa de treinta minutos en el metro [...] gracias a una blusa blanca inmaculada de hombros descubiertos¹.

Quizá sea cierto que llevar los hombros fuera de un top alivie el calor.

Sin embargo, es evidente que el estilo no siempre es práctico. La frescura que procura el estilo puede encontrarse con otros problemas de calor creados por el propio estilo. Por ejemplo, lucir hombros es problemático para llevar sostén. Una redactora del blog *Jezebel* compartió su animadversión hacia el estilo de hombros al descubierto. Una de las razones por las que odia este estilo es por la necesidad de tener que llevar un sostén sin tirantes, o no llevar sostén, en pleno calor; dos cosas particularmente molestas cuando sudas:

Los sostenes sin tirantes [son] [...] incómodos [...] Sobre todo en verano, cuando el sudor los hace más resbaladizos [...] Prefiero mil veces ir sin sostén, pero me gustaría tener un pelín más de apoyo debajo del top suelto para evitar que el sudor de los senos me caiga goteando hasta el estómago².

También hay versiones de este top para el clima frío. Son jerséis de lana o de cachemir sin hombros. Sin duda,

será más fácil entrar en calor cuando hace frío en la calle si llevas los hombros cubiertos. Y, además, como añadió la bloguera de *Jezebel*: «¿Cómo te las apañas para ponerte una chaqueta con una cosa así?»³.

La ropa que cuelga de los hombros puede limitar seriamente el movimiento. Cuando llevas estos tops, cuesta hacer una serie de cosas sin que el top se mueva de su sitio y siga descubriendo los hombros. Varias blogueras que comentaron este estilo apuntaron que con estos tops es difícil abrazar, mover los brazos, bailar, ir en bici, agacharse para atarse los zapatos y auparse para alcanzar algo⁴. Como resumió una de ellas: «Si tienes uno de esos tops de hombros descubiertos, sabes la lucha que es mantenerlo en su sitio [...] apenas un movimiento de brazos le dará a tu top un aspecto desde [favorecedor hasta ridículo]»⁵. Aunque también estuvo de moda en los años sesenta y en las culturas latinoamericanas, otra bloguera decía que, por culpa de la restricción de movimientos que causaba este estilo, las prendas de hombros descubiertos fueron históricamente populares en ciertos períodos y entre las clases altas, cuando no se esperaba o no se permitía que las mujeres trabajaran o hicieran casi nada:

La última vez que estuvieron de moda con cierto éxito, los hombros desnudos eran un alarde de la domesticidad de la mujer [...] La capacidad de movimiento de quien los llevaba se vio seriamente limitada. Estos estilos mantenían literalmente a la mujer en su sitio [...] Hacían difícil que una mujer hiciera mucho más que sentarse a bordar o sorber una taza de té⁶.

En lugar de ser prácticos, los tops de hombros descubiertos afectan al libre movimiento del cuerpo.

Es posible que las mujeres lleven esta prenda solamente porque les gusta cómo les queda. Los compradores para los grandes almacenes afirmaron que el estilo se popularizó porque, a diferencia de otras partes del cuerpo, las mujeres no suelen odiar sus hombros. Lucir hombros puede ser favorecedor⁷.

No obstante, incluso si les gustan sus hombros, las mujeres no tienen la libertad de enseñarlos sin restricciones. Existen muchas pautas, escritas o no, respecto de quién y cuándo, dónde y cómo puede enseñar los hombros.

Algunas de estas pautas se basan en la edad. Periodistas de moda alabaron el estilo por ser adecuado para mujeres de todas las edades, a diferencia de muchos otros estilos⁸. Esto se debe a que, como informó una columnista de moda colaboradora del *Chicago Tribune*, los hombros no revelan la edad tanto como otras partes del cuerpo. Los brazos, aducía, se encuentran entre las primeras partes del cuerpo que delatan la edad y, por lo tanto, deberían taparse. Como figuran entre las últimas zonas que delatan signos de envejecimiento, los hombros pueden lucirse a edades más avanzadas. Por este motivo, concluyó, los estilos de hombros descubiertos son perfectos para las mujeres mayores: «Ahora hay muchos estilos de tops y vestidos en las tiendas que enseñan los hombros pero cubren los brazos. ¡Perfecto!»⁹. Pero no todo vale. Otro consejo de moda especificaba que las mujeres mayores deberían cubrirse el cuerpo envejecido, hombros incluidos. Las mujeres mayores, señaló una columnista de moda en el *Washington Post*, deberían pensar en ceñirse a «una versión de la abertura

lateral en las mangas [del estilo de hombros desnudos] que solo deja entrever un poco el tríceps»¹⁰.

Luego están los espacios donde no se pueden enseñar los hombros. Las pautas indumentarias de los centros escolares a veces prohíben los estilos de hombros descubiertos porque la visión de los hombros de las chicas puede distraer a los chicos¹¹. Del mismo modo, en la actualidad se debate sobre la idoneidad laboral de enseñar los hombros en la oficina. Se suelen dar consejos sobre cómo conseguir una buena imagen en el trabajo, pero en algunos espacios, se advierte, el estilo no debe llevarse en absoluto. Como escribió una redactora de *Vogue*: «Si trabajas en un ámbito especialmente formal –es decir, los hombres en tu oficina siguen llevando traje de chaqueta–, tendrás que guardarte estos consejos para el fin de semana»¹². Así que, aunque a las mujeres les apetezca lucir hombros, tienen limitaciones en cuanto a la cantidad que pueden enseñar y dónde hacerlo.

Si pensamos en las restricciones sobre esta tendencia, constatamos que el grupo que menos luce hombros es el de los hombres. (Chicos, no os preocupéis, hablaremos de vuestra ropa en breve.) Los hombres no enseñan los hombros porque enseñarlos se ha definido tradicionalmente como un estilo femenino, no masculino¹³. Sin embargo, en otoño de 2017 se dio una excepción notable cuando los chicos de un instituto de California se pusieron tops de hombros descubiertos para mostrar su apoyo a las chicas, que protestaban contra las pautas indumentarias que los prohibían¹⁴.

Las personas no se visten meramente por razones prácticas o porque, de forma innata, les guste un estilo.

Aprendemos a que nos guste cierta ropa y a quererla, y lo hacemos, por ejemplo, observando el estilo de los demás. Nos ponemos la ropa que otros se ponen. En la calle, en el festival de Coachella y en Instagram un número cada vez mayor de personas empezó a enseñar los hombros. Bill Cunningham, un fotógrafo de calle del *New York Times*, documentó la tendencia en su columna semanal de estilo callejero a finales de mayo de 2016. En su columna incluyó fotografías de treinta y cinco mujeres con tops y vestidos *off-the-shoulder* y *cold-shoulder*. En un vídeo que acompañaba la columna, comentó que «si te paras en una esquina de la Quinta Avenida, en media hora verás pasar a cinco o seis mujeres llevando variaciones de esos cuellos *off-the-shoulder*»¹⁵.

Después de esto, la gente empezó a teclear el estilo en Google de forma cada vez más abrumadora para tener su propia versión. Entre 2010 y 2012, casi nadie buscaba ya en Google «top *off-shoulder*», «vestido *off-shoulder*» o «top *cold-shoulder*». Se produjo un pequeño repunte en torno a 2014, después de que Michelle Obama luciera el estilo en 2013. Pero en 2016 montones de personas buscaron de nuevo estos términos, a menudo en búsquedas asociadas a Kendall y Kylie Jenner. En mayo de 2016 se produjo un repunte del 374 % en las búsquedas en comparación con diciembre de 2015. Como rastreó un informe de Google: «En enero de 2016, la tendencia *off-shoulder* no captó mayor interés en ninguna ciudad de Estados Unidos [...] En mayo de 2016, la tendencia *off-shoulder* empezó a popularizarse en todas las ciudades importantes»¹⁶. Muchas veces queremos llevar lo que llevan otras personas.

La gente también compra lo que está disponible en las tiendas. Al principio, las prendas sin hombros poblaban las pasarelas de los diseñadores más punteros, pero luego las versiones menos caras (muy baratas, incluso) de las mismas prendas sin hombros comenzaron a inundar las tiendas de los centros comerciales y en línea. Tiendas como H&M y Zara ofrecieron docenas de versiones de estilos que enseñaban los hombros. Algunas tiendas añadieron una categoría de compra especial en su página web para artículos de hombros descubiertos¹⁷. Todo el mundo los llevaba y luego se vendieron en todas partes. Era difícil evitarlos.

También es cierto que hay mujeres que no tienen el menor interés en llevar una prenda de hombros descubiertos. Para ser sincera, yo soy una de ellas. No es tanto porque me disguste este tipo de estética (aunque nunca terminé de entender la estética *cold-shoulder*), es solo que me parecía que nadie se vestía con creatividad, que todo el mundo vestía igual, y se lo comentaba a otras personas: ¿por qué lleva todo el mundo estas prendas? Yo evitaba esta estética para ser diferente.

Pero en eso caí en la cuenta de algo interesante. Yo no tenía tops *off-the-shoulder*, *one-shoulder* o *cold-shoulder*, pero había comprado recientemente dos tops estilo *halter*. Un día de verano de 2017 me entraron ganas de comprarme un top de este estilo, en principio porque sí. Lamentaba profundamente no haber comprado uno de la temporada anterior que había visto en las rebajas de Nordstrom. Busqué en internet a ver si encontraba alguno. Finalmente localicé uno en una tienda de Montreal, donde la vendedora tuvo que rebuscar entre las ca-

jas de la última temporada del almacén para encontrarlo. Me emocioné. Me encantaba. Me veía muy guapa. Fui a comprar otro del mismo estilo básico. Entonces me di cuenta: el top *halter* tiene un cuello con una caída triangular que cubre pecho y espalda, pero no tiene... hombros. ¿Acaso era yo diferente? Simplemente me estaba poniendo un top sin hombros que era menos común.

Este estilo de prenda es bastante complejo en el fondo y suscita numerosas preguntas sobre la vida social. Si tuvierais que explicar por qué vestís como vestís hoy, seguramente responderíais algo así como que os gusta lo que lleváis puesto, que es cómodo o que va bien con el clima. Sin embargo, la razón por la que habéis terminado vistiendo la ropa que vestís hoy es mucho más compleja que una decisión individual, el gusto, la comodidad y la funcionalidad. Muchas prendas que llevamos no son nada funcionales. Y no se nos pasaría por la cabeza ponernos otras que sí lo son. A la hora de vestirnos, nos influyen otros muchos factores aparte de lo que nos gusta y nos hace sentir bien. Nuestras ideas sobre qué ropa es cómoda o atractiva no se basan solo en qué nos queda bien y en nuestros gustos a título individual. Al contrario, nuestros gustos y nuestra sensación de comodidad y de sentirnos bien son indisociables de nuestras interacciones con otras personas.

Por la mañana, cuando nos vestimos, en nuestra habitación hay innumerables influencias sociales. Pensamos en lo que los demás piensan de nosotros basándonos en lo que llevamos puesto. Nos dicen qué podemos llevar y qué no. Nuestros hábitos y nuestros grupos sociales determinan lo que llevamos; es más, vestir cierto tipo de

ropa puede ser fundamental para pertenecer a un grupo. Miramos a los demás e imitamos su forma de vestir. Muchos científicos sociales procedentes de las disciplinas de la sociología, la antropología, la psicología, la historia y la mercadotecnia han estudiado qué ropa nos ponemos y por qué. En este libro presento muchas de sus investigaciones, centrándome en de qué manera, como explicaron dos antropólogos, «el contexto social general [...] determina las opciones indumentarias»¹⁸. En este libro analizaré las múltiples influencias sociales que configuran qué nos ponemos al final para salir a la calle.

Vestirse puede parecer una trivialidad. Sin embargo, es algo que todos hacemos a diario. Comprender nuestra ropa nos ayuda a comprender la sociedad y nuestras experiencias en ella¹⁹. Este libro examina qué ropa nos ponemos, por qué nos la ponemos y por qué importa.

1. El carácter público del estilo personal

Vestirse no es una experiencia individual, sino social.

La ropa, y lo que nos ponemos, constituye el núcleo de una de las mayores tensiones de la vida social: ¿somos individuos que intentan ser diferentes y únicos o nos adaptamos y nos imitamos los unos a los otros? ¿Somos libres de elegir lo que queremos hacer o aceptamos pautas y hacemos lo que se supone que debemos hacer?¹.

En la literatura de la moda y el vestido muchos especialistas señalan que cada vez somos más libres de expresar nuestra individualidad a través de la ropa. En el pasado, dicen, la imitación y la conformidad fueron fundamentales para explicar cómo vestíamos, pero hoy en día se ha producido un viraje hacia el individualismo. Donde antes existían limitaciones, mediante presiones para que acatásemos determinadas pautas, dicen, ahora hay libertad para averiguar por nosotros mismos quiénes somos. En el pasado coartaban, a base de limitacio-

nes, quiénes podíamos ser, qué podíamos hacer y cómo podíamos vestir. Pero en el mundo actual, afirman, muchas de estas limitaciones ya no existen. Somos libres de ser quienes queramos ser, de vivir como queramos y de vestir como queramos. El pasado fue un tiempo de «uniformidad cortada por el mismo patrón», pero el presente, aseguran, es el tiempo de ser genuinamente uno mismo².

Por ejemplo, Diana Crane, una de las sociólogas más destacadas en el estudio de la moda, cuyo trabajo citaré a lo largo de este libro, concluyó que antes de los años 1960 la gente mostraba conformidad con las pautas que dictaban lo que debíamos llevar, cuándo y cómo llevarlo, incluidos la longitud de las faldas y los colores. Para el vestido existía un «modo de comportamiento correcto» establecido, y la población lo acataba. Lo acataban porque así demostraban que entendían las pautas y que tenían la capacidad de elegir el comportamiento «correcto». También existía el temor a hacer algo incorrectamente y enfrentarse a las repercusiones sociales si no mostrabas conformidad. Pero desde entonces, decía Crane, las cosas han cambiado³.

Ya no existe un modo de comportamiento correcto cuando hablamos de la moda y el vestido, aseguraba Diana Crane. Al contrario, la ropa se elige según «los gustos personales y no el acatamiento de las pautas». Las personas «son menos proclives a imitar y más a seleccionar estilos basados en las percepciones que tienen de sus identidades y hábitos». Ahora «se espera de nosotros que “construyamos” una imagen individual a partir de múltiples opciones»⁴.

Otros investigadores han argumentado que en la actualidad podemos construir una identidad propia a través de la ropa que vestimos⁵. Por ejemplo, Ted Polhemus, un antropólogo cuyo trabajo también abordaré en este libro, escribió:

[E]n el siglo XXI cada vez somos más los que nos negamos a aceptar la conformidad [...]. En cambio, tenemos un tipo de confianza más autónoma y creatividad para tirar por la borda el reglamento e ir probando y mezclando para producir un «alegato» de estilo personal único que funciona como un anuncio visual de quiénes somos y de dónde estamos. Nunca antes en la historia de la humanidad habían tenido los individuos tanto poder y confianza para decidir su imagen personal⁶.

Ahora bien, ninguno de estos especialistas está diciendo que hoy no existen pautas. Todos ellos reconocen que siguen existiendo restricciones en algunas formas y en algunas áreas. Sin embargo, todos hacen hincapié en que somos más libres.

Pero ¿en qué medida somos más libres realmente? Es posible que seamos libres en algunos aspectos, pero ¿han muerto o están feneciendo siquiera la conformidad, la imitación e incluso la «uniformidad cortada por el mismo patrón»? En este libro veremos que ni siquiera nos acercamos a eso. Puede que busquemos ser únicos e individuales. Puede que incluso nos veamos distintos a los demás. Sin embargo, seguimos unas pautas y observamos a otras personas para decidir qué hacer y cómo pensar en quiénes somos como individuos. Los límites a

nuestra individualidad y libertad en nuestra forma de vestir siguen vigentes hoy en día. El foco que la literatura de la moda ha puesto sobre nuestra autonomía, nuestras opciones y la capacidad que tenemos de crear versiones únicas e individuales de nosotros mismos a través de la ropa es «muy exagerado», asegura una profesora de sociología que estudia la moda y la edad. Por el contrario, señala, «llama la atención lo mucho que se parecen las personas en la sociedad moderna». La conformidad y la imitación son igual de importantes, si no más, en nuestras opciones indumentarias, que la libertad individual. Hoy en día, «llevar la ropa adecuada, el vestido apropiado para la ocasión, adaptarse y no dar la nota son las preocupaciones principales de la mayoría de las personas»⁷. La conformidad y la imitación están a la orden del día y siguen determinando qué ropa nos ponemos y la construcción de nuestra identidad a través de nuestro «estilo personal».

Es a través de nuestro estilo personal como definimos quiénes somos para nosotros mismos y permitimos que otras personas sepan quiénes somos. A través de nuestra imagen nos expresamos y les decimos a los demás cómo somos. A través de nuestra ropa elegimos nuestra identidad y la compartimos con nuestro entorno. La autora del libro *Fear and Clothing: Unbuckling American Fashion* captó bien esta idea cuando dijo que la ropa era nuestra «interfaz visual con el resto de mundo». «Nos vestimos para definir nuestro carácter para nosotros mismos», escribió. Y también para definir «quiénes queremos que la gente piense que somos y cómo esperamos que nos traten [...] Cuando compones una imagen, estás creando

una *declaración* que es, esencialmente, una miniautobiografía abreviada»⁸.

Pero existe una segunda parte de este proceso. Lo que otros piensan que somos e incluso lo que *nosotros* pensamos que somos no depende de nosotros como individuos. Nuestras identidades no emergen desde nuestro interior para ser compartidas unilateralmente con los demás. Al contrario, nuestras interacciones con otras personas configuran nuestra identidad. Cuando nos presentamos al mundo, la gente reacciona, nos trata de determinada manera. Estas reacciones forjan nuestra conciencia de nosotros mismos. Interpretamos cómo pensamos que la gente nos percibe y estas interpretaciones pasan a formar parte de quién pensamos que somos. Imaginamos quiénes somos por cómo nos mostramos ante los demás y por lo que pensamos que los demás piensan de nosotros⁹.

Nuestra ropa envía mensajes. Diferentes pantalones, chaquetas, zapatos, calcetines o ropa interior simbolizan diferentes orígenes, valores, creencias, gustos, hábitos, intereses y clases sociales. Estos mensajes no son inherentes a las prendas de vestir. Más bien, las prendas de vestir adoptan distintos significados sociales en diferentes momentos y en diferentes lugares. La misma prenda puede significar algo distinto en el presente y en el futuro, pongamos en 2030, o en Estados Unidos y en otro país como Japón. Los significados vinculados a la ropa tampoco son los mismos para todos, ni conocidos por todos. Por eso es posible que otros malinterpreten o no entiendan cabalmente los significados¹⁰.

Sin embargo, en casi todas las ocasiones, al ponernos cierta ropa y no otra, estamos enviando un mensaje so-